

# Comediantes y emboscados\*

**A**ristóteles definió la comedia como «una imitación de gente ruin, pero no centrada en lo malo, sino en lo ridículo, que constituye una modalidad de lo feo». <sup>1</sup> Lo recurrente allí son el embaucador y el avaro; el primero resume el espíritu del disfraz y su fuerza; el segundo encarna la transformación del medio en fin.

La última comedia del primer comediógrafo, Aristófanes, narra la cura del anciano Pluto, *daimón* del dinero y dueño del mundo, gracias a un hombre pobre por honrado. Con su destino de dispensar riquezas a quien le acogiera, los males de Pluto (y del mundo) provenían de que era completamente ciego. Si recuperase la vista podría elegir anfitriones virtuosos, y para impedir ese cataclismo hace acto de presencia la Pobreza en forma de una harapienta mujer, que protesta en nombre de las artes y oficios, de la diligencia en general. ¿Qué sería de la inventiva humana si hubiera justicia en el reparto del oro? Desoyendo sus consejos, el benefactor de Pluto decide llevarlo al templo de Esculapio, donde le devuelven la vista. De inmediato su modesta casa resulta bendecida por la opulencia. Sin embargo, ahora no quieren moverse de allí los que quedaron en paro con la cura de Pluto: impostores, delatores, usureros y el mismísimo Hermes, patrono del comercio, que prefiere emplearse como sirviente a ser una deidad sin ofrendas.

Este mito contrasta con las peripecias del género llamado comedia actualmente, donde el filo satírico ha dado paso a un pasatiempo-masaje que combina lo lacrimoso con lo moral e ideológico. Para Molière era «en esencia cómico todo embuste, disfraz, engaño y disimulo». <sup>2</sup> Para el comediógrafo contemporáneo —con honrosas excepciones como Lubitsch o Wilder— cómico es en esencia la payasada, que se adereza óptimamente intercalando propaganda subliminal. Por ejemplo, es cómico que alguien tartamudee o haga muecas, y no lo es que busque «éxito» a todo precio; nadie sugiere que la pauta del éxito legítima combates entre gladiadores disfrazados de atletas, donde la inmensa mayoría perderá y una exigua minoría vencerá —hasta ser pronto vencida. Tampoco es cómico que en fastuosos supermercados se vendan a título de alimentos cosas cada vez menos discernibles de la simple basura, y que esta tendencia se fortalezca cada día. No es cómico, igualmente, que vaya haciéndose inviable todo cuanto pueda imitarse más barato, suscitando una generalizada pérdida de sustancia en toda

\* Capítulo IV del libro *El espíritu de la comedia*, Premio Anagrama 1991, de inmediata publicación en la Editorial Anagrama, Barcelona.

<sup>1</sup> Poética, V.

<sup>2</sup> *Oeuvres*, Gallimard, 1971, p. 887.

suerte de cosas, pues cuando se eleva un medio como el dinero a fin absoluto los previos fines sólo sobreviven —cuando sobreviven— en forma de sucedáneos.

La comedia ha abandonado la escena teatral y cinematográfica para derramarse sobre la vida cotidiana, y muy particularmente sobre la vida pública. Sus productos más acabados hoy son los discursos de altos dignatarios sobre política y finanzas, en los cuales sigue presente la vieja comparsa de impostores, usureros y bufones —sólo que a otro título, como si la risa humana hubiera cambiado de fundamentos. Los tartufos son ejecutivos sagaces, quizás algo duros con el inmediato prójimo, aunque volcados en crear una riqueza que a la larga recaerá sobre todos. Los avaros ya no son viejos sebosos que adoran lo muerto como si estuviera vivo, sino galanes envidiables por sensibilidad estética, que asumen como mejor pueden el peso de la púrpura. También persiste la distinción clásica entre manipuladores despiadados y víctimas ansiosas de victimación, pero —como en los culebrones televisivos— no merecen sarcasmo sino afable comprensión del comediógrafo. Para ser exactos, la cultura popular es una abigarrada variedad de concursos, cuya esencia resulta invariable: a cambio de unos posibles billetes, exhiban en público sus deformidades, apréndanse con jovialidad el papel de los grotescos. Eso transmutará el ridículo en respetable muestra de integración social.

Una alternativa al destino de comediantes es el tema de *La emboscadura*, opúsculo del naturalista, filósofo y literato Ernst Jünger. Como algunos sabrán, los nazis le tacharon de «anarcomarxista», y los comunistas de «protonazi», promoviendo un cerco de su persona y su obra que sólo ha comenzado a aflojarse recientemente.

Para ir sin más prolegómenos al asunto podríamos empezar con la proporción de género audiovisual dedicado hoy a detectives —entendiendo por tales a públicos o privados inspectores de vidas ajenas. Esa proporción es una magnitud no inferior a la cuarta parte, probablemente no superior a la mitad, que podría parecer alta calculando el espacio otorgado a todo lo demás del mundo. Pero la comedia policial recibió su impulso de la novela negra, que en sus productos más elaborados analizaba ciertos caracteres: las chicas independientes, los bandidos, los agentes del orden, familiares de algunos y poco más. Cifraba su originalidad en hacerse desde un héroe escasamente dado a la impostura, que por posición era un perdedor y por vocación también. Tan manifiesto en los protagonistas de Faulkner y Hammett, este rasgo fue borrándose hasta desaparecer por completo. Aligerado en lo que respecta a análisis de caracteres, y cargado de truculencia, el género no ha podido evitar rasgos de creciente inverosimilitud.

A cambio ha alcanzado una diversidad de subgéneros que van del sobrehumano y justiciero singular a dos amigos, tres amigas, cuartetos, quintetos y formaciones aún mayores de personas entregadas con toda su alma a impedir el crimen. Los hay de aspecto humilde y otros que cultivan la alta confección, jóvenes y maduros, tranquilos y airados, taciturnos y comunicativos, solteros y casados. Todos transmiten un mensaje que presenta el negativo de la novela negra; allí las personas eran comple-

jas y las peripecias simples, mientras ahora las peripecias revisten complejidades laberínticas y las personas son planas como calcomanías. Allí el resultado era traicionar o enaltecer la amistad, y ahora en lugar de psicología y sociología aparece un mensaje uniforme: existimos amenazados sin pausa por hordas de innatos o inexplicables desalmados, protegidos únicamente por policías y ejércitos. Aunque a veces haya ovejas negras en esas corporaciones, el inocente será salvado por sus ovejas blancas. En definitiva, el peligro son los insolidarios civiles, que necesitan desesperadamente gendarmería para evitar una guerra continua de todos contra todos. Con más o menos maquillaje, esa moraleja se reitera en torrentes de imágenes y palabras, canalizadas como sano entretenimiento de masas.

Detengámonos aquí un momento. Si en otras épocas apenas había guardianes exclusivamente humanitarios —como el ángel de la guarda, los hombres de Harrelson o los de Elliot Ness— no era porque faltasen guardias y soldados, sino porque abiertamente eran la escolta de nobles prelados y monarcas, y abiertamente se ocupaban en la promoción de sus particulares intereses. El gran cambio acontece hace relativamente poco, cuando lo que Hobbes llamaba Leviatán se convirtió en Estado del Bienestar. A partir de entonces pretorianos y asimilados pasaron a ser los amigos proverbiales del pueblo, a la vez que otros personajes (el bandido generoso, el perseguido, el guerrillero, el insumiso y el simple excéntrico) se convertían en sus enemigos.

Sin duda muchos habrán tenido ocasión de ver que cuando les persiguen sin motivo unos desalmados aparece de pronto en escena —como en las películas— algún representante del orden y zanja el desafuero. Mi experiencia, que supongo infrecuentísima, no coincide con la mencionada película. En medio siglo de vida haciendo excursiones más o menos largas a otros tres continentes, me he hartado de ver respeto entre los humanos, por encima de razas y clases; en realidad, tanto respeto de unos a otros he visto como terror ante los encargados de asegurarlo mediante la fuerza.

Con todo, esa actitud popular se está quedando anticuada (al menos a juicio de productores televisivos), y uno de sus signos es el destierro de sujetos como Robin Hood o Giuliano, cuyo lugar en el género lo ocupan sicarios de lujo, a lo James Bond. Hasta formas algo degradadas del coraje —en la línea de Bonnie y Clyde o Dillinger— han ido haciéndose cada vez más infrecuentes. No en vano desde muchos pulpitos se reza por el triunfo de perseguidores sobre perseguidos, aunque los templos sigan llamándose casas del desamparado.

Digamos que la corporación policial-militar sólo sería innecesaria si dejase de haber agresiones, y cosa semejante parece remotísima. Pero digamos también —y esto a veces— que la cacareada inseguridad ciudadana no es una epidemia comparable a la gripe, ni se solventará multiplicando vigilantes; refleja ante todo la pervivencia de ciertos privilegios (el máximo denominador común de los malignos actuales está en ser no propietarios), y es alimentada por un desprecio general hacia el derecho, que en buena medida brota de mantener algunas leyes injustas, demasiado transgredidas para ser prudentes. Nadie menciona que pagamos entre seis y once gendarmes

por cada delincuente, y que con una pequeña parte de lo gastado en aquéllos podría evitarse reincidencia o primera aproximación al crimen en la inmensa mayoría de éstos.

Quienes presentan la inseguridad como cosa nacida de otros orígenes —e intratable por otros métodos— son los mismos que venden defensa ante peligros, en vez de esforzarse por abolir o mitigar motivos para el miedo. Esta diferencia básica entre peligros y miedo se borra cada vez más, en beneficio de una hipocondría que venera a los médicos, y un recelo que glorifica a los policías. Ambos sentimientos son el mejor caldo de cultivo para algo invariable desde los césares por gracia divina al primer ministro por representación parlamentaria: gobernar implica administrar el temor ajeno. El interés objetivo del guardián es que el miedo siga intacto, o hasta crezca, de igual manera que la dolencia es el interés objetivo de una medicina donde el paciente paga cuando está enfermo, y no cuando está sano, al modo chino o indio.

Se dirá que el temor es finalmente angustia ante la muerte, y que en esa medida resulta insalvable. Pero no caigamos en la trampa de creer que los peligros preceden siempre al temor, olvidando la capacidad del temor para producir peligros superiores aún, que a su calibre añaden una garantía de cronicidad. Anclando la existencia social al concurso de protectores vitalicios, prácticamente irresponsables ante sus protegidos, el miedo ciego cronifica las más graves amenazas.

En última instancia, el consejo del miedo es una u otra forma de subordinación, pues sólo reclama soberanía personal quien ha vencido la tentación de vivir aterrado, abierta o secretamente. De ahí que no sea realista esperar ni de la propaganda ni de los gobernantes recetas eficaces contra la hipocondría y el recelo. Mientras pagamos a tanto traficante de seguridad, como rebaños de ovejas custodiados por lobos, podríamos atender un momento a lo sustancial del asunto. Jünger nos lo explica.

Librar de miedo al ser humano es mucho más importante que proporcionarle armas o proveerle de medicamentos. El poder y la salud están en quien no siente miedo.<sup>3</sup>

Al sobreentender nosotros que las amenazas preceden siempre a los temores, dejamos que el miedo campe consentidamente por sus respetos, multiplicando vigilantes a un ritmo que carece de proporción alguna con el crecimiento demográfico. Por mucha riqueza que haya, no se divisa un término a la insolidaridad promotora de crimen, ni mejor seguro que seguir fortaleciendo mecanismos de control y punición. Según parece, el evidente progreso en muchos órdenes no compensa desfases en socialización, crisis económicas, incultura popular, espantosas megápolis y causas análogas.

Sin perjuicio de todo esto, Jünger trata de ir más al fondo, proponiendo que ningún rearme podrá mitigar las causas del miedo. El temor inconcreto y omnipresente —añade Jünger— «sólo podrá disminuir cuando el individuo encuentre un nuevo acceso a la libertad», expuesto por un hombre vigoroso y creativo a sus actuales noventa y cinco años. Pero lo cierto es que Jünger ha sido muy explícito en cuanto a las condiciones de tal acceso. A caballo entre la metáfora y una crónica textual de su propia vida, ofrece a nuestra consideración la figura del emboscado.

<sup>3</sup> E. Jünger, *La emboscadura*, Tusquets, 1988, p. 67.